GUERRA Y ARTE

La Euskal-erría no ha producido hombres notables más que en la guerra. Habreis oído esta afirmación cientos de veces lanzada por labios nacidos fuera de nuestro país, y hasta habreis intentado rebatirla pretendiendo hacer ver que las letras, la ciencia, el saber humano, tuvieron dignos mantenedores entre nosotros. Y habeis tenido razón. Pero yo no sé, yo que tengo un odio santo á la guerra, no sé qué mágico influjo ejercen los recuerdos de las balas que silban y de cañones que deshacen pueblos, no sé qué salvaje placer encontramos en bañar las tierras de nuestros padres con sangre de nuestros hermanos, pero el hecho es que el fulgor de los sables relucientes nos deslumbra de modo tal, que sus luces nos ciegan impidiéndonos ver todo otro mérito, todo otro sacrificio que no sea el de empuñar un fusil ó señalar el camino de la muerte en luchas necesarias y justas, si se quiere, pero lamentables é inhumanas siempre.

Y de que la influencia del clamor guerrero existe, y de que nos complacemos en perpetuarla en bronces y piedras, son testigos parlantes las estátuas que se elevan en las plazas de muchas villas guipuzcoanas; casi todas esas estátuas levantan al cielo la diestra ostentando en ella el sable con que un héroe forjó los méritos que le empujaron al pedestal; casi todas estrechan contra el pecho ó despliegan al aire la bandera que derramó energías sobre las cabezas que debían seguir erguidas ante la lluvia de plomo, de las cabezas que debían vivir dispuestas á ser segadas bajo una nube de humo y fuego que los *reyes de la crea-*

ción se enviaban de unos á otros para destruirse mútuamente con cariño de hermanos.

Y de que el brillar de los sables impide ver todo otro mérito, son testigos mudos los nombres de cien guipuzcoanos que vivieron trabajando por su patria lejos del fragor de la pólvora, los nombres de cien guipuzcoanos de quienes hoy sólo se acuerdan aquellos otros compañeros suyos que laboran, como los primeros, por las letras, por la historia, por el arte de su pueblo sin más esperanzas de gloria que el ir silenciosos á la tumba sin que nadie le recuerde más.

Murió Manterola, el fundador de la revista EUSKAL-ERRÍA fiel conservadora durante largos años de la tradición y espíritu euskaldunes; murió el creador de los Juegos Florales Euskaros y autor del *Cancionero Basko,* monumento literario de valor inapreciable para nuestra lengua. Murió, y sólo la revista que creó le dedica anualmente un recuerdo.

Falleció Marcelino Soroa, el fundador del teatro euskaro, el escritor festivo basko que pudiera parangonarse con cualquiera de otro país, el que con su arsenal inacabable de cuentos y epigramas que derramó por periódicos y libros en la lengua de Aitor hizo por mucho tiempo las delicias de todo el que sabía leer. Hoy somos pocos los que nos acordamos de él.

Dejó de vivir Arzác, el entusiasta conservador de nuestra lengua, el último que versificó poesías dictadas por el corazón, el único en Guipúzcoa que dejó en sus versos pedazos del alma. Cada periódico le dedicó un artículo necrológico y quedamos satisfechos como si hubiéramos hecho cuanto debíamos hacer.

Ahora ha desaparecido para siempre de entre nosotros el maestro Santesteban. El donostiarra que consagró su vida á propagar los cantos baskos, el erriko-seme que nos ha legado un sin fin de bellezas populares ha dejado de existir. Los periódicos han desempolvado las frases de ritual y hemos vuelto todos al silencio. Y siempre ha sucedido lo mismo.

No estaría de más que en la capital guipuzcoana, si es que á sus habitantes les han quedado energías después de derrocharlas con los forasteros, hicieran algo por los de casa y elevaran un digno monumento al arte y literatura euskaros, monumento en el que pudieran leerse siempre los nombres de los que trabajaron por su patria en silencio sin más aspiraciones, sin más premio que la satisfacción de haber dedicado

á la poesía, á la música, á la manifestación del arte de su pueblo los esfuerzos que como hijo cariñoso le debía.

Mas ya que no lleguemos á tanto, debiamos siquiera no dejar que desperdigados se pierdan para siempre los poemas y poesías dulcísimos de Arzác, las comedias chispeantes y los epigramas infinitos de Soroa, las melodías populares, las obras religiosas y profanas de Santesteban. De este modo podríamos presentar razones tangibles á los que pregonaran que sólo hombres de guerra ha producido el país basko. Pero si no lo hacemos, si con esta indiferencia que nos corroe seguimos no viendo mérito en luchar por el arte, en trabajar por la patria lejos del gritar agudo de guerrero clarín, seguirán diciéndonos que hemos tenido los baskos mucho valor, mucho, tanto valor cuanto vosotros querais, pero que hemos sido nulos en las manifestaciones del saber, en el entender de la música: que tenemos el corazón rudo como el hombre de los primeros tiempos, que nuestra alma no despierta con las caricias suaves de las ideas bellas sino que para dar señales de vida necesita junto á sí el estruendo del cañón.

Y á los que así opinen darán su asentimiento los que en las plazas públicas de Guipúzcoa se elevan altivos blandiendo en una mano el sable que despide rasgos de plata y estrechando con la otra la bandera que derramó energías sobre las cabezas que debían vivir dispuestas a ser segadas bajo una nube de humo y fuego que los reyes de la creación se enviaban de unos á otros para destruirse mútuamente con cariño de hermanos.

GREGORIO DE MUJIKA.

Madrid Octubre 1906.